Dícese que los hombres, faltan á la situacion actual: no, es la situacion la que falta á los hombres. Los gefes del ejército y sus valientes, la asamblea nacional y sus miembros, tienen hermosos nombres, altos hechos y nobles corazones; pero para ciertas enfermedades no hay médicos, como para ciertos males no hay remedios. Al wagon salido de su carril, todo motor le es inútil.

Hay en Francia un nombre sagrado, un nombre de esperanza y de porvenir, que si el año pasado no era murmurado mas que como un recuerdo, podria serlo hoy como una esperanza; podria serlo mas tarde como un refugio.

¿Quién no recuerda aún las palabras proféticas de Odilon Barrot, pronunciadas en la rada de Cherbourg?

—"¡Guardad bien ese sagrado depósito! Esa jóven cabeza podrá un "dia salvar á la Europa."

¿Quién no recuerda tambien esos bellos versos de Victor Hugo al nacimiento del *niño predestinado?*

¡Cantad, pueblos, cantad, cantad victoria!
Un salvador os nace
manto vistiendo de lujosa gloria,
y empuñando su mano delicada
al par que el cetro la pujante espada.
De las lecciones de desgracia aleve
prósperos dias nacerán, preciosos,
de paz y de ventura,
pues que sesenta reyes belicosos,
sombras sin sepultura,
junto á su cuna velan amorosos.

¿Quién no recuerda en fin, esa otra poesía del admirable Lamartine?

A veces escapado de Atalía
un niño que del hierro fué olvidado,
crece á la sombra del Señor, querido,
y les llega á los pueblos en quebranto,
que errantes vagan del abismo á orillas
cual sin pastor corderos desbandados.

- -

Para ocupar el trono de los reyes,
en los dias aciagos que corremos
es, á los ojos de los pueblos, fuerza
sus virtudes mostrar y sus derechos.

VIII.

El *derecho* y el *deber*: hé ahí las bases supremas de la existencia de las sociedades.

El cañon de Junio ha dado muerte á las bandas insurgentes, pero no á las doctrinas revolucionarias. Ahora bien, con estas no hay nada posible.

Se ha querido quitar á los pueblos la sumision á las leyes, el respeto á la familia y el temor de Dios. ¿Qué se pondrá en su lugar para mantener el órden? *¿Gendarmas y el verdugo?* ¡Qué espantoso estado social!

Se quiere que el principio republicano esté al abrigo de todo ataque. Sea. Pero, primero ¿qué principio es ese? ¿Es el de Lamartine? Pero éste no es el de Blanqui. ¿Es el de Luis Blanc? Pero éste no es el de Cavaignac. ¿Es el Lamennais? Pero éste no es el de Prudhon. ¿Y los Barbés? ¿y los Cabet? ¿y los Ledru Rollin? ¿y los Pedro Leroux? ¡Qué variedad de principios! ¿Cómo armonizar todo esto? y ¿dónde encontrar en esa hojarasca *la mejor de las repúblicas?* La hemos tenido, me han asegurado. ¡Pues bien! que corrau detrás.... si se atreven.

Por otra parte, nuestros socialistas modernos no han inventado nada. Aristofanes, hace dos mil años, se burlaba del *comunismo* en sus comedias, en el teatro de Atenas. El *comunismo* es viejo como el mundo. Se le encuentra en Pitágoras, en Judea, en Esparta y en la India. Platon le menciona. Los Vaudois en el siglo XII, los Albigenses en el XIII y los Anabaptistas mas tarde, han esplotado esa utopia.

En tiempo de Lutero, las doctrinas del ciudanano Prudhon fueron altamente desarrolladas y desaparecieron. La ley agraria tuvo su época y desapareció tambien. El ciudadano Babœuf, de triste memoria, escribia: *La tierra no es de nadie; es preciso que sea de todo el mundo.* Luego, con la esperanza de tener imitadores y sucesores, añadia: *La revolucion francesa no es mas que el prólogo de otra revolucion mas grande y mas solemne, que será la última.*

Y Babœuf desapareció á su vez como sus principios. Lo mismo será con los minadores de nuestro órden social; desaparecerán como sus antecesores, con sus votos y su república.

—*¿Será preciso volver á los pretendientes?* preguntaba con ironía uno de los periódicos de la revolucion; y el nombre de Henrique V se escapaba de su pluma.

Pero, ¿qué se entiende por esta palabra: *pretendiente?* Entremos atrevidamente en la cuestion.

¿Se trata del *Conde de Paris?* Una pretension no puede producirse mas que apoyada en un título cualquiera. Ahora bien, el pueblo que se habia creido con derecho de llevar á Luis Felipe hasta la púrpura, se habia indispensablemente reservado la facultad de arrastrarlo por el fango. Ha hecho lo uno y lo otro; ha destruido lo que habia creado; jamas nada fué mas lógico. No queda mas que un recuerdo de error y de delirio: no hay pues allí nada que, de este lado, para hacerle llegar al trono, milite en favor del *Conde de Paris.*

¿Se trata de *Luis Napoleon?* Hubieran sido precisos en él altos pensamientos y brillantes acciones para hacerle reconocer como el heredero del Carlomagno moderno. Le hubiera sido precisa una fuerza de Atlas al prisionero de Ham para apoderarse de las revoluciones á la manera del héroe de las Pirámides y tenerlas domeñadas bajo su mano. Napoleon tenia los derechos de la victoria y del genio. Estos derechos pudieron coronarle, pero no ha podido trasmitirlos.

¿Se trataria de *Henrique de Francia?*

Pero el nieto de S. Luis no es un *pretendiente*, es *un principio;* y éste, parecido al dogma, es inmutable, único, eterno.

¿Este principio, *el poder hereditario*, sancionado por los siglos, es bueno ó malo? Malo, perecerá á pesar de todos los esfuerzos; bueno, triunfará á pesar de todos los obstáculos.

Si Henrique V no hubiera sido mas que un *pretendiente*, hubiera obrado como tal. Hubiéramos tenido de él lamentaciones, reclamaciones y proclamas, como lo han hecho los *Joinville* y otros *candidatos.* Léjos de esto, silencio profundo: ni una palabra, ni un paso. Fiel á su noble divisa, no quiere ser nada mas que *por la Francia y para la Francia;* REY, si su pais le llamara; PROSCRITO, si el reposo y la grandeza de su pais exijen su destierro.

Entre las cosas notables de un siglo estraordinario ¿hay una que hiera mas la imaginacion que la conducta y el destino del jóven Henrique de Francia?...

Imponiendo silencio á la ambicion mas legítima, deja á los acontecimientos el cuidado de enseñar al pueblo. Aunque consagrado por entero al deseo de ver la Francia, no vacila en sacrificar su dicha personal á los grandes intereses de su pais. No dando ni consejo ni órden, ni conduce ni manda; quiere que todos tengan su completa independencia, como quiere que la Francia tenga toda su libertad; mira, juzga y aguarda.

¿DÓNDE ESTA? ¿CÓMO ES? ¿QUE ES LO QUE DICE? Tales son las preguntas que todos se dirijen; procuremos responder.

—*¿Dónde está?* ¡Qué importa el sitio! Fuera de Francia, no hay para él ni patria adoptada, ni residencia fija. Estrangero á todas las intri-

gas como á todos los odios, se ha colocado en una alta y misteriosa esfera donde ningun ojo malignamente envidioso llega á penetrar hasta él No huye sin embargo de los que le buscan, pero se mantiene separado de los que le engañarian. La presencia de un francés es para él una felicidad; pero la palabra de un cortesano seria para sus oidos un suplicio. No quiere adulaciones ni lisonjas; sino la rectitud y la verdad. Se ha oido hablar de su belleza, de sus virtudes, de su franqueza y de su valor; pero como nunca ha querido ni presentarse orgullosamente en escena, ni hacer ostentacion de los dones que de la naturaleza ha recibido, todo en él y á su alrededor es como rodeado de nubes; todo esto no deberá resplandecer mas que en los dias marcados por el destino. Alejado de las miradas del mundo, á la manera de la Providencia, está á la vez visible y oculto, como entre la tierra y *el cielo.*

—*¿Cómo es?* Un bello rostro no es ciertamente una necesidad política; pero no por ello es ménos una ventaja notable, y el duque de Burdeos la posee. Napoleon no tenia en verdad una estatura elegante cuando llevaba la púrpura imperial; pero su cabeza de emperador romano, su mirada de águila y su frente de héroe no por ello añadian ménos una fascinacion mas á todos los prestigios de su nombre. Henrique V, como Napoleon, tiene el ademan magestuoso y la fisonomía espresiva de todos los hombres superiores, su estatura es mas que mediana. "Se ve que es de la sangre de *Roberto el fuerte,*" decia Chateaubriand. Reasumiendo en fin los principales rasgos de los héroes de su raza, su rostro notablemente bello y su amable sonrisa, tienen ese deslumbrante brillo, reflejo del alma, que sus mismos adversarios han apellidado: *el sello de la predestinacion* (1).

Monta á caballo con la ligereza, la elegancia y la intrepidez de los primeros ginetes. Su terrible accidente no ha dejado huellas lamentables como se ha tratado de hacer creer. Tan sóbrio en sus comidas como infatigable en sus trabajos, no se deja dominar por nada de lo que pudiera debilitar su alma. Su religion, elevada y tomada en su esencia, no desciende nunca á las minuciosidades de una fé ignorante; y aun cuando se le haya querido presentar como sometido al ascendiente de un círculo funesto, nada tiene *ascendiente* en él mas que lo que es justo, nacional y patriótico, no está *sometido* mas que á las leyes del honor.

Henrique sabe escoger sus consejeros como sabe guardar sus amigos.

Tiene horror á la avaricia, y solo por el interes de las artes, del comercio y del trabajo, desea la magnificencia.

En una de las bellas épocas de mi vida, tuve la dicha de acercármele y oirle; era en Alemania, y publicaba mis impresiones. He ahí algunas:

(1) Palabras del señor conde de Flahaut, embajador de Luis Felipe en Roma.

"Se sentia junto al jóven príncipe una voz interior, una influencia secreta, que os decia: *Altos destinos hay en él.*

"Noté con admiracion, pero sin sorpresa, que nunca ningun miembro de la familia real desterrada hablaba ni dejaba hablar á cualquiera que fuese, sobre política. Hubiérase dicho que esta noble familia no se habia nunca conocido un solo enemigo en Francia, que no habia tenido allí que sufrir mas que adversidades de suerte y que nadie habia sido culpable para con ella. El conde de Chambord, educado en esas grandes ideas de generosidad, de abnegacion y de virtud, no sabe lo que es el odio y no comprende ciertamente la venganza. Los únicos sentimientos que dominan en el fondo de su alma enteramente francesa, son *la gloria y la libertad.*

"Subyuga su voluntad de la misma manera que manda á sus sufrimientos: todo le aprovecha, hasta las penas.

"Una necesidad de amar y de ser amado, el instinto de un destino de heroismo y de desprendimiento brillan en su ancha frente que nunca fué arrugada por un pensamiento desleal. Estaria uno tentado de afirmar, mirándole, que seria de desear que cada soberano recibiera como él la educacion del destierro y las lecciones del infortunio.

"Instruido y apasionado por lo bello en todo, ha estudiado de lejos los progresos de la industria, de la ciencia, de las letras y de las artes en su patria. Conoce todas las celebridades francesas; ha seguido ávidamente sus trabajos. Está orgulloso de sus triunfos como si fuera su solidario. ¡Pero cuánto siente el no poder tender la mano á todos los verdaderos méritos, él que abre tan noblemente su alma á todos los sentimientos elevados! Jóven de emociones y de ideas, sin preocupaciones ni desconfianzas, jóven de franqueza y de corazon, es la hermosa Francia nueva, la Francia pura, grande y sin mancha.

"Arrojándose con la fé de San Luis, la bravura de Francisco I, la generosidad de Luis XII, y la lealtad de Henrique IV, no tiene ni hiel en el pensamiento, ni resentimientos en su memoria; ningun hombre le parece hostil, ninguna falta irremisible: no cree en los males incurables. Y luego, ¡qué ardiente amor por la Francia..... ¡Conoce tan bien lo que debe ser! ¡Será lo que es preciso que sea!

— *¿Qué es lo que dice?*

Nunca el odio y la envidia han recogido de su boca una sola palabra ue hayan podido volver en contra de él. El Sr. de Chateaubriand se admiraba, escuchándole, de su prodigiosa prudencia.

Conocida es esta hermosa respuesta del príncipe á un adulador que de sus derechos le hablaba:

— "No es la Francia la que me pertenece; soy yo quien pertenezco á la Francia."

Alguien, despues de las demoliciones de Febrero, habiéndole demostrado su sorpresa de que no hiciese ningun acto de *pretendiente.*

— "A Dios gracias, respondió el príncipe, nada tengo de comun con los aventureros políticos que muestran una precipitacion impía en aprovecharse de las desgracias y de los peligros de su patria, para imponerse á la fatiga y á las aprehensiones generales. Yo soy el representante de un principio adoptado por la Francia desde muchos siglos hace; no bajaré voluntariamente á un papel que repugna á mis sentimientos. El dia en que la Francia me llamare, pero solo este dia, yo contestaré á su llamamiento, pronto igualmente á consagrarle mi vida, ó á perderla por ella. Ya lo veis, no soy un pretendiente, no tengo mas que una pretension en el mundo; la de cumplir con mi deber.

El poeta Beranger, el amigo de Benjamin Constant y de Armando Carrel, convencido del porvenir de Henrique V, dirigia la siguiente carta al Sr. de Chateaubriand:

"Se canta siempre sobre sepulcros, gracias á ese tiempo maldito que va segando sin fin y por todas partes. Pero no se tiene á menudo la ventaja de cantar junto á una cuna que contiene destinos futuros tan grandes y quizá tan próximos."

El célebre obispo de Hermópolis, M. Frayssinous, decia del conde de Chambord: "Estará á la altura de todas las circunstancias, cualesquiera que puedan ser."

Recordemos aquí lo que escribia Henrique de Francia al Sr. de Chateaubriand, á ese genio del que la Europa admiró por tan largo tiempo el patriotismo y los talentos.

"En perfecta comunidad de opiniones y de sentimientos con vos, me considero feliz al ver que la linea de conducta que he adoptado en el destierro y en la posicion que he tomado, sean en todos puntos conformes á los consejos que he querido pedir á vuestra esperiencia y á vuestras luces.

"Me place el tomar por mi intérprete esta voz tan querida á la Francia, y que tan gloriosamente ha defendido en todas épocas los principios monárquicos y las libertades nacionales.

Y el ilustre escritor que la Francia llora en este momento, respondia con estas palabras á su príncipe:

— "Las pruebas de vuestra estimacion me consolarian de muchas desgracias, pero, espresadas como son, es mas que benevolencia para mí, es otro universo que aparece á la Francia.

"Saludo con lágrimas de alegría el porvenir que anunciais. Vos, inocente de todo, vos, á quien no se puede oponer nada mas que haber descendido de la raza de San Luis! ¿seriais el único desgraciado entre la juventud que vuelve los ojos hácia vos?...."

Despues de una larga entrevista en Lóndres con el hijo de Francia, el Sr. de Chateaubriand se espresaba así:

—"Hay verdaderamente en ese jóven príncipe un rayo divino. Dios le ha dotado de una inteligencia trascendental y de un corazon á la altura de su espíritu."

Y es ese mismo príncipe, así juzgado por una de las primeras inteligencias de Europa, que oscuros enemigos hubieran querido hacer pasar por hombre despojado de todo mérito.....

Varios franceses preguntábanle un dia en Inglaterra si habia visitado todos los monumentos de Lóndres.

—"¡Oh! ¡Dios mio! No, y vuestra es la culpa, respondió el conde de Chambord. Vosotros habeis venido aquí á formarme una pequeña Francia de donde no salgo mas que á pesar mio. Mucho me gusta ver y conocer, no hay duda; pero mas prefiero hablar una hora con un compatriota, que ir á ver magnificencias, sean cuales fueren."

—"¡Ah! decia en otra ocasion á unos jóvenes estudiantes que partian para Paris, ¡cuán felices sois en regresar á Francia! ¡Quiero yo tanto á nuestra patria!... Creedlo, no desearia el trono de mis padres mas que para servirle con las ideas de verdadero progreso y de sana libertad, que son las solas que podrian asegurar su dicha."

Niño, pronunciaba estas palabras:

—"Si fuera rey, quisiera ser llamado *Henrique IV segundo.*"

Hombre, hablaba así en el destierro:

—"Si supiera que hay un adulador á mi lado, no permaneceria en su puesto veinticuatro horas."

Un padre de familia le decia un dia:

—"Hubiera querido traeros á mi hijo; pero se halla sirviendo.... es oficial.... y nunca su charretera le ha pesado tanto."

—"¡Qué permanezca en su puesto y guarde bien su espada! replicó vivamente el príncipe; se me sirve á mí sirviendo á la Francia."

En un gran baile que se le daba en el palacio Conti, en Roma, y donde se hallaba un crecido número de franceses, la multitud era tal, que el calor de los salones habia llegado á ser sufocante. Varias personas se quejaban.

—"¡Ah! dijo el príncipe á media voz, nunca he respirado yo por el contrario con mas libertad. Toda esa multitud, llegando de Francia, me ha traido aire del pais; nunca ha latido mejor mi corazon."

En Hungría, atravesando una comarca salvage y de un aspecto horrible, respondia tristemente á alguno que le dirigia estas palabras:

—"*¿Acaso se podria vivir en este pais?*"

—"Sí, si fuera una patria."

Un francés, pobre y mal vestido, no se atrevia á presentarse á su vista.

—"¡Y qué importa el trage! dijo vivamente el príncipe; ¡qué importa el nombre! no quiero que un solo francés haya deseado verme sin que haya sido cumplido su deseo."

Su dolor fué profundo en la muerte de Chateaubriand. Escribia con este objeto:

—"Tenia en él un amigo sincero, un consejero fiel, y me consideraba feliz en mi destierro cada vez que recibia sus consejos ó penetraba sus generosos pensamientos. Hace ya algunos meses que me afligia viendo á ese gran genio acercarse al término de su carrera, esta pérdida, tan grande, me es mas penosa aun en este momento en que mi corazon tiene tanto que gemir por los dolores de la patria.

"¡Cuántas desgracias no tengo que deplorar! ¡Esas luchas afrentosas que acaban de ensangrentar la capital, la muerte de tantos hombres honrados y distinguidos en la guardia nacional y en el ejército, el martirio del arzobispo de Paris, la miseria del pobre pueblo, la ruina de nuestras industrias, las congojas y alarmas de la Francia entera! Invoco á Dios para que ponga pronto remedio.

"Puedan el espectáculo de esas calamidades y el temor de los males "que amenazan en el porvenir, no arrastrar los espíritus lejos de los "grandes principios de justicia y de libertad pública, que en este tiempo "mas que nunca, los amigos de los pueblos y de los reyes, deben defen- "der y mantener."

Plúgole durante varios años recorrer los campos de batalla de Napoleon; iba acompañado de los valientes generales Vincent, de Hautpoul, de Sain Chamaus, de la Tour Foissac, y de otros nombres ilustres del gran ejército. Su mirada chispeaba de orgullo á la relacion de las glorias francesas, y el genio del vencedor de Austerliz hacia palpitar su noble corazon.

El duque Jorge de Cambridge, asistiendo junto á él en Austria á grandes maniobras militares, se espresa sobre él en estos términos:

—"Siempre le he oido decir todo lo que era preciso decir, y nunca ni una palabra de lo que no debia ser dicho."

Todo el mundo recuerda el efecto que produjo, recientemente, en la Asamblea Nacional, la lectura de esta última carta del príncipe:

"Frohsdorf, 1º de Junio de 1848.

"Acabo, señor, de leer la pretendida carta dirigida por mí al presidente de la Asamblea Nacional, en prensa y publicada en Paris el 18 de Mayo último. Sé tambien que se han esparcido varias otras cartas que tienden

á hacer creer que he renunciado á la dulce esperanza de volver á ver mi cara patria. Ninguna de estas cartas es mia.

" Lo que hay de verdad, es mi amor por la Francia, es el sentimiento profundo que tengo de sus derechos, de sus intereses, de sus necesidades en los tiempos actuales ; es la disposicion en que me hallo de consagrarme completamente, de sacrificarme á ella, si digno de tan noble y santa mision me juzga la Providencia. Francés ante todo, nunca he sufrido, nunca sufriré que mi nombre sea pronunciado en ocasion en que pueda ser causa de division ó de quebranto.

" Pero, si las esperanzas salen aun otra vez fallidas, si la Francia, cansada en fin de todas esas esperiencias que no conducen mas que á tenerla perpetuamente suspendida sobre un abismo, vuelve hácia mí sus miradas y pronuncia por sí mismo mi nombre como un gaje de seguridad y de salud, como la garantía verdadera de los derechos y de la libertad de todos, acuérdese entonces que mi brazo, mi corazon, mi vida, todo es suyo, y puede siempre contar conmigo. "

Terminaré esto capítulo por una anécdota perfectamente auténtica, que se podria creer desprendida de la vida de Enrique IV, tanto es lo que recuerda al *Bearnés*.

Un dia, varios años hace ya, el conde de Cambord se dirigia á Italia acompañado de uno de sus ancianos servidores. Iba, de incógnito, á bordo de un paquete de vapor cuyo rumbo era Venecia:

—¿ Teneis á bordo algun francés ? preguntó el jóven príncipe al capitan del buque.

Esta era siempre su pregunta en caso igual.

—Uno, no mas, le respondió el oficial. Es de la ciudad de Lyon.

—" ¿Cómo se llama ?

—" Duval.

" ¿Comerciante ?

—" Me parece un simple obrero.

¡ Oh, qué le importaba al conde de Chambord el rango del pasagero desconocido ! Lo que él queria primero era un compatriota. Lo que él buscaba ante todo, era un francés.

Se dirige al obrero de Lyon. Este, no sospechando en manera alguna el singular encuentro que su estrella le habia reservado, empieza á hablar familiarmente con su compañero de viage.

Los dos eran de la misma edad.

—" ¿Venis de Paris ? dijo Henrique.

—" He estado este invierno. ¿ Y vos ?.....

—"¡ Yo !.... replica suspirando el hijo de Francia, ¡ oh, de buena gana iria !

—"¿ Os falta acaso dinero ?

—" No.

—" Pues bien, entonces ¿ quién os impide ?.....

—" ¡Oh, esto es una gran cuestion !

—"¿ Son vuestros parientes ?

—" Uno de ellos. ¿ Y están siempre contentos en Paris ?

—" ¿De qué ?

—" De la revolucion de Julio.

—"¿ De Luis Felipe ?.... No por cierto. No pueden sufrir á ese viejo tacaño.

—"¿ Querrian, pues, un cambio ?

—" Sí.

—" Se acuerdan del duque de Burdeos ?

—" ¡Oh, no en verdad ; como si no existiera. En cuanto á mí, me dejaria primero matar que volver á él. Seria el colmo de la desgracia.

—"¿ Por qué ?

—" Dicen que es un imbécil.

—"¿ Pero es seguro ?

—" Positivo. A mas, es altivo, desdeñoso, y devoto por añadidura.... un verdadero jesuita !.....

—" Preciso seria que lo vierais por vos mismo.

—" Lo sentiria. Y luego, á nadie habla, no deja que se le acerquen. Si alguna vez fuera á Francia.....

—"¡ Y bien !

—" Dispararia contra él.

—" No lo creo.

—"¿ Por qué..... Le amariais vos acaso ?

—" No lo niego.

—"¿ Y le conoceis ?

—"Lo confieso.

—" ¡Oh, si se os pareciera, santo y bueno !.... ¡ Si tuviera vuestro ingenio !.... vuestras maneras !.... Vos, mirad, vos me gustais mucho !"

Y estrechaba la mano del conde de Chambord con la efusion de la franqueza y de la juventud.

Prosiguió así la conversacion una parte del dia, entre el obrero y el príncipe ; hablaron de comercio, de política, de industria, de bellas artes ; y Duval parecia encantado.

Llegó la hora de separarse.

—"Dejadme vuestro nombre por escrito, dijo el príncipe á su compañero.

—" Aquí le teneis : *Bautista Duval.* Ahora, dadme el vuestro.